

el arrobamiento en la definición dogmática de la Concepción sin mancha de la Virgen María, como antes de aquel día esplendoroso habíase ya gozado en las múltiples Asociaciones de la fe en ese Misterio divino; las Flores de María, los Sacerdotes de María, la Corte de María: esto es, las bellezas de la materia, elevándonos á las esferas del espíritu; la caridad y la humildad, conduciendo á la verdad; las aureolas de la modestia y el candor, apartando al hombre de los deleites que degradan, para que busque y halle su sólida ventura en el tipo ideal de la esposa cristiana y en los fulgores de la inocencia.

III

Y este justo regocijo, verdaderamente indescriptible, de todo el mundo católico, resalta con intensidad mayor en la nación española, que hizo siempre de la fe en la Concepción Purísima su lauro y su ornamento.

Más bien que una bella sinopsis de estos timbres de nuestra historia sagrada, sería una curiosa tabla psicológica estudiar las manifestaciones de esa fe dentro de nuestra patria, que disputa á Normandía el honor de haber escrito en Occidente la primera página de la piadosa creencia; porque este estudio revelaría á la vez todas las altas prendas, todo el tierno fervor, todos los ras-

gos geniales del carácter de nuestro pueblo. San Fulgencio, en las orillas del Mediterráneo, y á vista de las palmeras que recuerdan las alegorías bíblicas; San Isidoro, en las riberas del Betis, y con el predominio de su nombre; San Ildefonso, en las márgenes del Tajo y en escritos que le muestran á los siglos como el cantor enamorado de las prerrogativas de María, condensan hasta la séptima centuria todo el amor de los hijos de Hesperia á la verdad de la Concepción Inmaculada. En el peregrino concierto de las generaciones cristianas para admitir ese privilegio de la Virgen María, hubo, ya lo indicamos, talentos insignes de otras naciones que sufrieron desmayo; y fué preciso que Escoto viese brillar la hora feliz de su fervor y de su genio, para que huyera toda sombra en el juicio de muchos grandes sabios; pero en la cadena de la ferviente tradición española no veréis ni un solo eslabón roto. Hasta en las continuas y proverbiales discordias de la raza ibera, siempre durmieron las rencillas cuando se trataba del culto y de la pureza de la Madre del Verbo.

Nuestras legislaciones, Señora, desde el Fuero Juzgo hasta la Novísima Recopilación, hacen profesión solemne de esa fe al consignar el Derecho, como emblema de una rectitud y una justicia que ni se tuercen ni se quebrantan. Nuestros más egregios Prelados, desde aquel San Pedro Pascual, esclavo y mártir por ir á consolar cautivos

en la corte de un Rey moro, hasta el Cardenal Pacheco, cuya elocuente y serena palabra causa fuerte impresión entre los Padres del Sínodo Tridentino, hablando de la Concepción de María, casi hacen ya entre nosotros, de la general creencia, un dogma definido. Nuestros teólogos buscan en las exploraciones de la Metafísica la racional explicación del Misterio: y Suárez, gloria de la antigua Ilíberi, cuya figura austera se ve apenas cruzar entre Granada y Lisboa, pero que asombra á Benedicto XIV por la profundidad de sus conceptos, parece escribir, acerca de la pureza original de la Madre de Dios, asistido del Consolador Eterno. En cuanto á nuestros artistas, Señora, si el Evangelio consagra esta salutación celeste: «¡Dios te salve, llena de gracia!» Murillo, siempre devoto, que jamás imita ni se apasiona de bellezas paganas, como se apasionaron á veces Rafael y Miguel Angel, copió, mejor diré, estereotipó esa página del Evangelio en sus portentosas creaciones; y Montañés, el Murillo de la escultura, ha dejado en los altares de una de nuestras más grandiosas Basílicas tan acabada imagen de la Concepción de María, que es ya el último esfuerzo del genio, fijando con el pincel ó con el buril las centellas y las hermosuras divinas. Nuestros Capítulos de Franciscanos, nuestras Universidades literarias, nuestros Seminarios, que sirvieron de modelo en el Concilio de Trento, juran con acendrado fervor defender la creencia de la

Virgen Inmaculada. Nuestros Reyes, entre los que sobresalen Juan I de Aragón, Fernando V y la grande Isabel, Felipe III, Felipe V y Carlos III, son devotísimos de la Concepción de María, y el último de estos Monarcas instituye en honor de ese Misterio una Orden celeberrima, y hace proclamar á la Inmaculada María Patrona universal de España y de sus Indias.

¡De España y de sus Indias! ¡Ay de mí, y cómo nuestro júbilo tórnase aquí de repente en gemidos y en lágrimas! ¡De España y de sus Indias! ¿Dónde están ya para nosotros aquellos mares, con tanta fe surcados, aquellas islas con tan delirante gozo descubiertas, aquellas razas con tanta uncción evangelizadas? ¡Señor, Señor! ¿Es tu Justicia ó es tu Misericordia la que hoy llama á las puertas de nuestro corazón con el crisol de la prueba y con el llanto de la desgracia? ¿Es aviso salvador de tu Clemencia, ó es castigo de tu Ira, ese tremendo cuadro de hijos desnaturalizados que, allá en lejanas tierras, se revolvieron contra su propia Madre; de ejércitos españoles, asombro siempre de los siglos, vencidos, no por el valor sereno ó por la fortuna mudable, sino por rigores del clima, por superioridades numéricas enormes, aunque manteniendo constantemente intactos el lustre de sus armas y la honra de su bandera? ¿Y habrás de permitir, Señor, que pueblos ensorbercidos, desconocedores de las más fecundas maravillas de tu poder y de tu gracia, que son idó-

latras de los yacimientos de oro y aduladores de la fuerza; que han conculcado los principios del Derecho; que han violado las leyes de la guerra, que han mentido á la faz de toda Europa, conserven para siempre el fruto de su iniquidad y sus rapiñas?

Nuestro pueblo, Señora, debe hacer delante del altar una confesión humilde, é implorar perdón y misericordia para la patria de Recaredo y de Fernando el Santo. Nosotros nos olvidamos un día culpablemente de que nuestra unidad nacional fué debida á la unidad de nuestra fe religiosa; nosotros sabemos bien que en nuestra ciencia dominan el error y el paralogismo; que en nuestras costumbres no hay más que desenfreno y engaño; que en nuestra hacienda no hay más que dilapidación y desorden; que en nuestros políticos es patente el egoísmo del poder y el odio al adversario; que en nuestras masas se va perdiendo á un tiempo el tesoro de las creencias y de las tradiciones católicas, el respeto á toda autoridad, y el amor al trabajo; que en nuestro propio corazón, cuando no sobreviene la borrasca que destruye, reina el silencio de un indiferentismo que aletarga. Nosotros hemos dejado de amar y de adorar á Dios como á Padre, y Él viene sobre nosotros como Vengador y como Juez. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Bien venido sea el dolor; sean bien venidas las desventuras y las catástrofes que lloramos, si con esa visita de tu amorosa Providencia, que hace

sanables las naciones (1), hemos de recobrar para siempre aquella fe, aquel denuedo, aquella dignidad, aquella perseverancia, aquella ferviente devoción á la Santísima Virgen, bajo cuya protección y cuyos estandartes alcanzamos un día tanto renombre, tantos triunfos y tanto poderío en todos los Continentes!

Señora, nosotros esperamos: esperamos, porque la adversidad hace reverdecer nuestra fe, y la fe es la substancia de la esperanza, sol que nunca se oculta en los montes de la vida. Esperamos en Vos, Señora; que, sin que la lisonja mueva mis labios, puedo decir, al menos, porque es verdad notoria, que el cielo se dignó adornaros con aquella armonía de facultades, con aquel equilibrio moral perfecto, que es raro dón de los Príncipes, y que se atrae á la vez el respeto de las potestades de la tierra, la simpatía de los pueblos, y la confianza de los propios súbditos. Esperamos en vuestro tierno Hijo, porque la atmósfera en que vive, templada con el calor y las virtudes de una madre solícita, iluminada con la ciencia de maestros creyentes y celosos, saturada de la idealidad, del valor, y del ambiente de la hidalguía castellana, es la atmósfera donde se forman los restauradores de los pueblos infortunados. Los hechizos de la primera adolescencia nos le hacen más caro aún y más amable, porque creemos verle sonrien-

(1) *Sap.*, I, 14.

do entre la naturaleza y la gracia, respirando el aire del misterio que augura para nosotros la dicha. Cifrar en él nuestro porvenir, alentarle con nuestro amor, protegerle con nuestras oraciones, escudarle con nuestro pecho, será la obra bendita que ha de llevar á cabo este país de los caballeros, Mostradlo frecuentemente á vuestro pueblo, Señora, porque el pueblo se recrea en contemplarle, le ama y bendice con el corazón, y ora por su felicidad y por su vida, y para que sea su destino el de los hombres extraordinarios, que traspasan los linderos del tiempo y los límites de lo posible, influyendo poderosamente en la suerte de las generaciones futuras. Esperamos ante todo, Señora, en el amparo de la Virgen María, porque su devoción y su culto son la perpetua savia que reanimará nuestro espíritu, y robustecerá nuestro brazo, y reproducirá nuestros laureles. España sostuvo cerca de cuatro mil combates en la época de la Reconquista, invocando sin cesar á esa Madre amorosa, y nuestros mayores la vieron sobre la cruz de las banderas de Aragón y de Castilla, como vemos la blanca paloma cuando la iconografía cristiana nos representa las escenas sublimes de la Trinidad de los cielos.

Sí ¡oh tierna Madre mía! Pensando en Ti y en tu Patrocinio, el peso abrumador de nuestros recientes dolores nos parece ligero. En los abatimientos del infortunio, Tú serás para nuestra patria salvación y esperanza; porque Tú eres faro

de la verdad, y la verdad hace encontrar el bien, y el bien vigoriza el ánimo, y el ánimo confortado realiza el heroísmo, y el heroísmo conduce á la victoria. Tú te apareces hoy á nuestros ojos tímida y delicada, con el celestial pudor de Reina de las Vírgenes; pero mi fe y mi imaginación te miran rodeada con todos los resplandores; y quien no adora esos arcanos de la gracia, y no se inclina ante los triunfos de tu original pureza, es mil veces más digno de compasión que aquel que no siente como suspendido y arrobado su ser ante las grandes hermosuras de la Creación y del Arte. ¡Virgen mía, Inmaculada mía! Tú condensas en tu mirada la luz de todos los soles, la promesa de todos los bienes, el secreto de todas las gracias. Los cielos se llenaron de gloria con la Concepción sin mancha de su Emperatriz Excelsa, obra de la Sabiduría Divina: la Iglesia Católica canta con alegría indecible tus loores, porque vió en esa singular prerrogativa un talismán seguro para vencer á sus enemigos: mi patria te bendice porque te dignaste hacer de ella tu heredad más amada: y hoy nosotros, Madre mía, te exaltamos con las jerarquías de los ángeles, te imploramos con las antífonas de Nuestra Santa Madre la Iglesia, te ofrecemos, como lo hicieron nuestros padres, los homenajes de nuestra gratitud, los votos de nuestra fidelidad, y la corona de nuestro amor. *Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri. Amen.*